

Francisco García

Contra los turistas, por los viajeros

Los consejos de Paul Theroux sobre cómo salir al mundo en un libro excelente, todo un canto a la ociosidad

Da gusto leer a **Paul Theroux** (EE UU 1944) aun cuando no escriba sobre viajes, sino, como en este caso, sobre viajeros y libros de viajes. Sus libros son a las guías turísticas lo que el marisco fresco a los palitos de pescado congelado. **El Tao del viajero** (o sea, un vademécum para viajar y no turistear) es una antología de lo que sobre hazañas, miedos, pueblos reales o imaginarios, peligros, comidas, fracasos, encuentros y huidas dejaron por escrito algunos de los más reputados viajeros de la historia, incluido el propio Theroux. Los viajeros, esos "optimistas, pues en caso contrario no irían a ningún sitio".

En primer lugar, los diez puntos esenciales: "1. Deja tu casa. 2. Ve solo. 3. Viaja ligero. 4. Lleva un mapa. 5. Ve por tierra. 6. Cruza a pie la frontera. 7. Escribe un diario. 8. Lee una novela sin relación con el lugar en que estés. 9. Si tienes que llevar teléfono móvil, evita usarlo. 10. Haz algún amigo". Y que quede claro con qué espíritu nada ciberespacial hay que ponerse en marcha: "Deja atrás tu teléfono móvil, el portátil, el iPod, y todos esos vínculos con la familia, los amigos y los compañeros de trabajo. Concéntrate en el sitio donde estás y extrae la diversión de los estímulos inmediatos, del mundo tangible que te rodea. Cada vez más, en los hostales y las pensiones uno ve a viajeros "independientes" que se instalan ansiosos frente a los ordenadores, en lugar de conversar con los otros trotamundos. Parecen estar "en el extranjero" sólo parcialmente, incapaces de cortar por lo sano con el hogar". Una vez distribuido el tiempo que se va a emplear (por ejemplo, "Atenas es una ciudad de cuatro horas") y



el ritmo elegido (como dijo **Gardner McKay**, se viaja mejor cuando se adopta "la velocidad del trote de un perro"); hay que estar dispuesto a mirar, nada de ver solamente, a ser un impenitente y obsesivo mirón: "El viajero es el más codicioso de los mirones de corte romántico (...). El entrometimiento constituye un placer para algunos de nosotros", hay que hacer

Paul Theroux, en Papagayo, Costa Rica, en 2007. // Steve McCurry

se a las costumbres profundas de lo que se visita, incluso comiendo disparates ("Uno puede mantenerse vivo a base de una dieta repulsiva"); y hay que conocer los inevitables riesgos que el viaje acarreará en nuestra personalidad, valorando sin duda el medio de transporte: "Se produce un cambio en el hombre o la mujer itinerantes. En ningún si-

tio sucede tanto esto como a bordo de un barco, donde la personalidad se modifica por completo", escribió **Steinbeck**. Hecho el viaje, si se va a contar, deben observarse asimismo unas cuantas reglas. No aburrir con prolijas sesiones de batallas: "Para que un viajero se convierta en grata compañía de un hombre sensato, es necesario que sus ojos hayan visto mucho, pero sobre todo que hayan sos-

layado mucho de lo que han visto". Saber que al oyente o lector le excitan más las desventuras del narrador que los placeres vividos, como recordaba **Evelyn Waugh** al tener claro que "los libros de viajes donde el protagonista sufre resultan muy amenos, y que la diversión aumenta



El Tao del viajero

PAUL THEROUX

Ed. Alfaguara, 2012. 350 páginas.

cuanto peor lo pase". Tener presente que no es necesario largarse al quinto infierno para viajar, pues se puede seguir el ejemplo de **De Maistre** y hacerlo solo alrededor del cuarto propio: "Una cama nos ve morir y nacer. Es el escenario siempre cambiante en el que la raza humana representa por turnos dramas interesantes, farsas cómicas y tragedias espantosas. Es una cuna decorada con flores. Un trono del amor. Un sepulcro".

Libro excelente de propuestas, tanto a la ociosidad y al instante intransitivo: "Una alegría sin objeto es una alegría pura". Lévese el viajero a Theroux en la cabeza y déjese de ver lo que le manda el consumo, la manada turística, lo trillado y mil veces subido a Youtube.

Alfonso López Alfonso

A **Mary Ann Clark Bremer** (1928-1996) sus padres le proporcionaron una infancia y una adolescencia errantes. Si cualquier vida se resume en dos fechas, seguramente puede resumirse también en dos lugares: Clark Bremer nació en Nueva York y murió en Ginebra diez años después que **Jorge Luis Borges**; en medio, una vida de disfrutes, alegrías, batallas y pérdidas, una vida como cualquier otra, tan única y excepcional como todas las demás. Mary Ann era cosmopolita, tenía auténtico estilo, y en esta especie de memorias se centra en el verano de 1946, cuando, tras recuperarse de las heridas recibidas en un ataque alemán al buque en el que viajaba con sus padres al final de la II Guerra Mundial, y donde ellos fallecieron, intenta asumir la pérdida, a la que para ese momento se ha sumado la de su querido tío Marcel. Aquel verano llega hasta la casa que

Un pueblo, un verano, algún amor

Mary Ann Clark Bremer y los ingredientes de la buena literatura

éste le ha legado en un pequeño pueblo francés y allí, bajo petición de un alcalde ridículamente patriota, organiza la numerosa biblioteca de su tío y la pone al servicio de los habitantes del lugar.

"Algún día yo podría volver a disfrutar de aquella plenitud, del estremecimiento que produce la belleza. Ahora sentía mi corazón, también de papel rígido, cuarteado por las muertes de mis padres y de mi tío. Sólo un nuevo amor podría sanarlo". Y ese nuevo amor aparecerá con la forma del joven Saul, un soldado a punto de licenciarse que

arrastra su propia novela. "Entregarse al mundo como se entregan los niños o los locos habría de ser mi medicina", nos dice la narradora, y al mundo se entrega, y con él conecta, a través de esa biblioteca que pone en circulación: "Los libros eran la vida. Y podía recrearlos mientras caminaba, aun lejos de ellos". Para decirlo a la manera de **Baudelaire**: "Se encontraba mi cuna junto a la biblioteca, / Babel sombría, donde novela, ciencia, fábula, / Todo, ya polvo griego, ya ceniza latina / Se confundía".

El catálogo de la editorial Periférica, casi siempre tendente al

minimalismo preciosista, puede gustar más o menos, pero no se les puede negar a sus responsa-

bles la originalidad que entrañan las propuestas. La colección Largo Recorrido, en la que se publica **Una biblioteca de verano**, viene descubriéndonos autores de no poca importancia - **Elizabeth Smart**, **Gordon Lish**, **Gianni Celati**, **Mary Cholmondeley** - y desempolvando escritores y obras de probada solvencia - **Thomas Wolfe** o, recientemente, las **Memorias de un tramposo**, de **Sacha Guitry** -. La obra de la para mí desconocida Mary Ann Clark



Una biblioteca de verano

MARY ANN CLARK BREMER
Periférica, 2012. 86 páginas

Bremer tiene todos los ingredientes que me gusta encontrar en un libro: amor por la literatura

- es una constante el diálogo con los maestros: de Charles Baudelaire a François Rabalais, de Daniel Dafoe a Katherine Mansfield, de John Milton a Paul Valéry -, una pizca de intriga - con elegancia impecable va descubriendo la narradora el amor secreto del tío Marcel -, unas gotas de romance, cierta complacencia en la lasitud

del verano, una mirada en la que se adivina la nostalgia y además, es breve. Pocas veces nos han dado tanto con tan poco.